

Pero si conociéramos bien al Señor á quien servimos, no lo haríamos con menos fervor, con menos amor, ni con menos actividad.

¡Cuanta es, mi Dios, mi confusion, cuanto mi dolor cuando considero el descuido y la negligencia con que os he servido! Motivo tengo para suplicaros olvidéis mis aparentes servicios, pues temo sean mas dignos de castigo que de premio. Ya, Señor, no os acordeis sino del fervor con que procuraré serviros en adelante; pues hablando en rigor, hoy es el dia en que comienzo á serviros.

JACULATORIAS. — Mi alma dijo, el Señor es mi herencia; pues yo colocaré en él toda mi confianza. (*Thren. 3.*)

¡Qué amables son tus tabernáculos, ó gran Señor de las virtudes! mi alma desfallece á violencia del amor con que suspira por lograr algun rincón en ellos. (*Psaln 83.*)

PROPOSITOS.

1 No hay cosa al parecer mas injuriosa á Dios, que servirle con negligencia y con descuido. Cuando no sea un formal, es por lo menos un virtual menosprecio de su majestad, de su bondad y de su soberanía. El que sirve á Dios, ya en algun modo le conoce; y ese Dios á quien conoce, ¿no se dará por agraviado de un servicio descuidado y negligente? ¿sufriríamos por mucho tiempo á un criado que nos sirviese con tanta frialdad y negligencia? Nada irrita tanto como ver á un hijo frío ó indiferente en el obsequio de su padre. Pues, *Si ergo Pater ego sum* (dice el Señor por su profeta), *ubi est honor meus? Et si Dominus ego sum, ubi est timor meus?* (*Malach. 1.*) Si soy vuestro Padre, ¿donde está la honra que me profesais? Y si soy vuestro Señor, ¿donde está el miedo reverencial que me teneis? ¡O mi Dios, y qué señal tan funesta es la de una tibieza, una negligencia habitual en vuestro servicio, tanto mas digna de temerse, cuanto en cierto modo parece que cierra las puertas á una sincera conversion, ó cuando menos, ciertamente la hace mucho mas dificultosa! Tú sirves á Dios, y aun quizá por tu profesion estás especialmente consagrado á su servicio. ¿Pero le sirves con fervor? Tu atencion, tu zelo, tu actividad, ¿dan testimonio de que es Dios el amo á quien sirves? ¿no tienes justo motivo para temer que acaso le has deshonrado hasta aquí en lo mismo en que te parece haberle servido? Cuando le presentemos el oficio divino que hemos rezado, los ministerios á

que hemos atendido, las oraciones que hemos hecho, y acaso tambien las misas que hemos celebrado, no nos podrá responder: *Vos inhonorastis me.* (*Joan. 8.*) ¡Ah! que en lugar de honrarme, me ofendisteis, y me despreciasteis. Toma hoy media hora de tiempo para examinar seriamente tu conducta sobre este punto, y trata de enmendarla.

2 Desde hoy en adelante sirve á Dios con el respeto, con el fervor y con la fidelidad que por tantos titulos le es debida: cualquiera acto de religion que ejecutes, aunque no sea mas que persignarte; cualquiera oracion que reces, aunque no sea mas que una *Ave, Maria*; cualquiera buena obra que hagas por Dios, aunque no sea mas que leer un libro espiritual, dar una limosna, etc. hazlo todo con aquella devocion, con aquel respeto, con aquella atencion que nos inspira la fe. Toma la costumbre de decirte á tí mismo al principio de todas estas cosas: Mira que es Dios á quien vas á servir, es Dios á quien vas á orar, es Dios á quien pretendes complacer.

DIA XXVII.

MARTIROLOGIO.

SANTA MARIA MAGDALENA, virgen, del orden de Carmelitas; la festividad de su tránsito se celebra el dia 25 de mayo.

EL TRÁNSITO DE SAN JUAN, papa y mártir, el cual llamado á Ravena por Teodorico, rey de Italia, arriano, y atormentado largamente en una cárcel por la fe católica, acabó su vida en la prision: (*Véase su vida en las de hoy.*)

EL MARTIRIO DEL BEATO JULIO, en Dorostoro, ó sea *Silistria*, en la Misia, el cual en tiempo del emperador Alejandro, siendo soldado veterano ya retirado, fué preso por los oficiales, y presentado al tribunal del presidente Máximo, y como á su presencia detestase á los idolos, confesando valerosamente el nombre de Jesucristo, fué degollado.

SANTA RESTITUTA, virgen y mártir, en Sora; la cual en tiempo del emperador Aureliano y del próconsul Agacio, defendiendo la fe católica, triunfó de las persuasiones del demonio, de las caricias de sus padres, y de la crueldad de los verdugos; y últimamente consiguió la corona del martirio siendo degollada con otros cristianos (el año 272.)

SAN RANULFO, mártir, en el Artois.

SAN EUTROPIO, obispo, en Orange en Francia, esclarecido en virtudes y milagros.

LA DICHOSA MUERTE DEL VENERABLE BEDA, presbitero, en el mismo dia, muy esclarecido en santidad y doctrina. (*Véase su historia en las de este dia.*)

SAN JUAN, PAPA Y MÁRTIR.

SAN Juan, papa, primero de este nombre, fué hijo de Constancio, y nació en Florencia hácia el fin del quinto siglo. Nada se sabe de sus primeros años; solo es cierto que siendo aun muchacho pasó á Roma, donde se aplicó al estudio de las ciencias y de la virtud, en que hizo maravillosos progresos; y elevado á los órdenes sagrados, mereció ser tenido por uno de los mas santos y mas sabios presbíteros de la santa Iglesia.

Era Juan el oráculo y el modelo de todo el clero cuando murió el papa Hormisdas el dia 6 de agosto del año 523; y de comun consentimiento fué elegido siete dias despues para ocupar la cátedra de S. Pedro. Subió á ella cuando estaba muy necesitada de un sumo pontifice sabio para confundir á los herejes; santo para edificar á los católicos; intrépido para no acobardarse con las amenazas de un emperador arriano; y zeloso para velar continuamente sobre su rebaño, y defenderle con valor en un desgraciado tiempo en que la persecucion de los arrianos en Occidente hacia ventajas á las persecuciones de los emperadores idolatras. Poseia el santo pontifice con eminencia todas estas virtudes; todo esto era nuestro Juan, y muy presto se vió necesitado á dar las mejores pruebas.

Obedecia Italia á la sazón á Teodorico, rey de los godos, uno de los mas poderosos y mas ardientes defensores que habia tenido el arrianismo. El imperio de Oriente reconocia por emperador á Justino, que de soldado raso y de un nacimiento muy humilde habia ascendido al trono imperial por todos los grados del honor; pero lleno de religion y de piedad habia publicado severísimos edictos contra todos los herejes, esceptuando solo á los arrianos, que por una falsa política juzgó debia disimular, por no exasperar á Teodorico, su poderoso protector, con quien la razon de estado le habia puesto en precision de coligarse. Pero considerando despues que esta condescendencia era contraria á la ley de Dios, determinó comprender tambien á dichos herejes en los decretos que publicaba contra todos los demás, y ordenó que todos los arrianos que fuesen vasallos suyos, y viviesen dentro de sus dominios, tratasen de restituir prontamente á los católicos todas las iglesias que ocupaban, y en adelante estuviesen sujetos á sus edictos.

Informaron luego los arrianos á Teodorico de las severas órdenes del emperador Justino, suplicándole tomase debajo de su poderosa proteccion la defensa de su secta. Entró en furia el



S. JUAN PAPA Y M.

monarca arriano con esta noticia, y escribió muchas cartas al emperador del Oriente, amenazándole que desterraria de sus estados á todos los católicos, si no mandaba que restituyesen luego las iglesias á los arrianos. Justino, cada dia mas zeloso por la fe católica y por el honor de la religion cristiana, no tuvo por conveniente deferir á sus ruegos, ni hacer caso de sus amenazas, y le respondió secamente, que no le permitia la conciencia revocar las órdenes que habia publicado.

No desistió Teodórico, y lo que no habia conseguido por cartas, resolvió lograrlo por medio de una famosa embajada, de la cual quiso absolutamente que el papa Juan fuese por cabeza. Nombró para ella á los cuatro senadores principales, que sospechaba se entendian secretamente con el emperador: y para obligar al santo pontífice á que se encargase de la negociacion, le amenazó que si se resistia á hacerlo, trataria á los católicos de Italia, ni mas ni menos como el emperador trataba en el Oriente á los arrianos. Considerando el santo pontífice la cólera del impío rey, y viendo el peligro que amenazaba á toda Italia, se halló precisado á encargarse de una comision tan indecente á su sagrada suprema dignidad, como contraria á sus mismos intereses y santisimos deseos; porque este príncipe le encargó espresamente declarase al emperador, que si no se restituian á los arrianos las iglesias que se les habian quitado, costaria la vida á todos los católicos de Italia y la libertad á la religion. Los cuatro senadores romanos que le asoció, fueron Teodoro, Importuno y Agapito, que todos habian sido cónsules, y el cuarto, llamado tambien Agapito, era patricio. Para hacer todavia mas célebre la embajada, quiso se le añadiesen cinco obispos; siendo los principales Eclesio de Ravena y S. Eusebio de Fano, á los cuales declaró de nuevo el inicuo rey su intencion y su determinada voluntad.

No es posible explicar el desconsuelo de toda Roma cuando se supo que la dejaba el santo pastor. Lo largo de un viaje tan peligroso como dilatado, la violencia que se le hacia para que le emprendiese, el asunto de él, tan indecente y tan indigno de su sagrada dignidad, el justo temor de no volver á verle, todo contribuia á que se sobresaltase el rebaño, y á que se deshiciese toda la ciudad de Roma en un copioso llanto. Enternecióse el corazon del santo pontífice á vista de las demostraciones de su amado pueblo, hizo cuanto pudo para consolarle, echóle su paternal bendicion, y se embarcó, en fin, con todos los que le acompañaban.

Cuando se tuvo noticia en Constantinopla de que el papa ha-

bia desembarcado, toda la ciudad salió á recibirle á mucha distancia con cruces, con pendones, con hachas encendidas para hacer el debido honor al vicario de Jesucristo, legítimo y verdadero sucesor del apóstol S. Pedro. Fué el recibimiento una fiesta pública, ó cierta especie de triunfo, acompañado de veneracion y de respeto; apresurándose cada uno para recibir á competencia su santa bendicion. El mismo emperador se postró en tierra para saludar reverentemente al papa, tributándole todos los honores que se pueden imaginar. El clero (si pudo ser) aun hizo ventajas en la veneracion á la devocion del pueblo y del emperador. A la verdad, el nombre solo de vicario de Jesucristo y la dignidad del sumo pontífice inspiraba á todos los fieles aquel profundo respeto; pero la eminente santidad del papa, que se traslucia bien entre la pobreza de su humildísimo equipaje, no contribuyó menos á la general veneracion que todos los sexos, edades y condiciones manifestaron á nuestro Santo. No hay que estrañar hiciese tanta impresion el concepto que se tenia de su heroica virtud; pues no se ignoraban en Constantinopla los milagros que habia hecho en el camino. A la misma entrada de la ciudad dió vista á un ciego, y se sabia que al desembarcar en el istmo, hallándose el santo pontífice sin carruaje y sin caballeria en que proseguir su viaje, cierto gentil-hombre le prestó su caballo, que montó, y caminó en él algunas leguas; pero quedaron todos asombrados cuando vieron que el caballo, antes muy manso, dócil y manejable, no sufrió despues que ninguno le montase, corbeteando con todo el cuerpo cuando alguno se le acercaba para hacerlo, y desviando de sí á todos á relinchos, á coces y á manotadas, sin que jamás fuese posible domarle.

Aunque el emperador estaba ya coronado por mano de Juan, patriarca de Constantinopla, tuvo devocion de recibir la misma corona de mano del pontífice, y se celebró esta ceremonia con toda la solemnidad correspondiente á la magnificencia de tan gran príncipe. El patriarca en todas las ocurrencias reconoció la primacia de la cátedra de Roma, y rindió al papa los honores que se le debian; y el papa ofició de pontifical el día de Pascua, celebrando segun el rito latino y el uso de la iglesia romana.

Entrando despues en conferencia, estuvo tan léjos de tratar con el religioso emperador como embajador de un rey arriano, que solo negoció con él como pastor y cabeza de toda la Iglesia católica; y sin que uno ni otro se dejasen intimidar de las amenazas de Teodorico, recíprocamente se fortalecieron los dos en la generosa resolucion de preferir la gloria de Dios á todos los

intereses temporales, y defender la pureza de la fe aun á costa de la misma vida. Exhortó el papa al piadoso príncipe á que acabase de esterminar la herejia de todos sus dominios, sin hacer caso de la persecucion con que el rey arriano amenazaba á toda Italia; y el emperador se sintió tan animado por las vivas exhortaciones de nuestro Santo, que no solo no quiso restituir á los arrianos las iglesias que se les habian quitado, sino que mandó introducir el ejercicio de la religion católica en todas aquellas donde no estaba introducido; y escribió á Teodorico, que reputaria por manifiesta infraccion de la paz y por declarado rompimiento cualquiera mal tratamiento que se hiciese á los católicos. Pero no bastó esto para contener al bárbaro monarca, ni estorbó que por levisimas sospechas y sobre meras calumnias mandase arrestar á los dos mayores hombres de la Italia, á Symaco y su yerno Boecio, mas recomendables por su virtud y por el zelo de la religion, que por su sabiduria y por la elevada autoridad que lograban en el senado, habiando sido ambos cónsules. Al ilustre y religioso filósofo Boecio le cortaron la cabeza antes que volviese á Italia nuestro Santo, y Symaco sobrevivió poco á su yerno, siendo el zelo de la religion la principal causa de la desgracia de los dos; pero el Señor vengó presto su muerte con la funesta que tuvo el mismo Teodorico.

Mientras tanto, habiendo obtenido el emperador el santo papa todo lo que deseaba Teodorico, á escepcion únicamente de lo que era en perjuicio de la religion, dió la vuelta á Italia. Desembarcó en ella, y cuando se estaba disponiendo para ir á darle cuenta de su negociacion, fué arrestado de orden del impío monarca; encendido en rabiosos zelos por los honores que Justino le habia tributado, y sin atender á los grandes servicios que le habia hecho cerca del emperador, le mandó conducir á la fortaleza de Ravena, donde por miedo de alguna sublevacion no se atrevió á quitarle la vida con la espada; pero dió orden de que le dejasen morir de hambre y de miseria. Dícese que hallándose en aquella horrorosa prision, y teniendo noticia de las falsas voces que los herejes habian esparcido por la Italia, fingiendo mil embustes sobre su negociacion en Constantinopla, tuvo forma de escribir á los obispos de la misma Italia la carta siguiente:

JUAN, OBISPO, A LOS OBISPOS DE ITALIA,
salud en nuestro Señor.

«Aunque tengo pruebas bien ciertas de que vuestro zelo por la religion crece cada dia, y que triunfa vuestra fe, consolando

maravillosamente á todos los fieles; con todo eso, no dejo de exhortaros á que os armeis con la espada de la palabra de Dios, para combatir la perfidia arriana, tantas veces condenada, y que no por eso deja de renacer todos los dias, para que con la ayuda del Señor tengamos el consuelo de arrancar hasta la raíz. Y para esto no temais; apoderaos, si fuese posible, de todas las iglesias ocupadas por los arrianos, y restituidlas á los católicos despues de purificadas. Asi lo hicimos nosotros en el Oriente por el parecer del cristianísimo y religiosísimo emperador Justino, cuando el rey Teodorico nos forzó á ir á Constantinopla á tratar negocios de la Iglesia y del Estado. No tengais miedo á las amenazas que hace de talarlo todo á sangre y fuego; acordaos de lo que nos dice Jesucristo (*Matth. 1.*): *No temais á los que quitan la vida del cuerpo, y no pueden quitar la del alma; pero temed antes á aquel que puede precipitar el alma y el cuerpo en el infierno.* Por lo que toca á nosotros, aunque en todas ocasiones somos inquietados, y somos perseguidos; pero no somos abandonados. (*2. Corinth. 4.*)»

Irritado Teodorico de la constancia del santo pontífice, repitió la orden de que le dejasen morir de miseria en la prision; y rindiéndose á ella, coronó su santa vida con una preciosa muerte el dia 27 de mayo de 526, despues de dos años y nueve meses de pontificado. En el mismo dia manifestó el Señor la santidad de su siervo con nuevos milagros. Fué conducido el santo cuerpo con extraordinaria pompa fuera de la ciudad, y se le dió sepultura en el cementerio público, donde estuvo hasta cuatro años despues, en que su sucesor el papa Felix le hizo trasladar á Roma, cuya traslacion fué verdaderamente un glorioso triunfo. Depositóse en la iglesia de S. Pedro el cuerpo de nuestro santo, que siempre ha sido venerado como mártir, y en la misma iglesia se conserva hasta el dia de hoy.

EL VENERABLE BEDA, CONFESOR Y PADRE DE LA IGLESIA.

EL venerable Beda fué de nacion inglés, y nació en una aldea que se llamaba Jeru ó Gervico. Siendo de edad de siete años (como él mismo lo dice) fué entregado, para que le criase, á un abad, llamado Benito ó Benedicto, y despues á otro por nombre Ceolfrido, que tenia cargo de los monasterios de la orden de S. Benito, dedicados á los apóstoles S. Pedro y S. Pablo, poco distantes entre sí. Habia en estos monasterios seiscientos monges (porque en aquel tiempo en los monasterios de san Benito habia estudios y escuelas), entre los cuales se esmeró mu-

cho Beda en la disciplina religiosa, y en la observancia de su regla, y en toda virtud. Tuvo por maestro á Juan Beverlacio, varon doctísimo aprendió la lengua latina y griega, y las ciencias filosóficas, y la sagrada teología, tan exacta y perfectamente, como lo muestran las obras muchas y varias que escribió; y en su tiempo fué tenido por un pozo de ciencia y oráculo de sabiduría, y dejó algunos buenos discípulos en todas buenas letras escelentísimos, como fueron Rabano, arzobispo de Maguncia, Alcuino, maestro del emperador Carlo Magno, Claudio y Juan Escoto, que fueron los primeros que enseñaron en la universidad de Paris, é ilustraron la Francia con su erudicion, y la enriquecieron con los muchos y doctos discípulos, que instruyeron y enseñaron. Ordenóse de diácono á diez y nueve años, y de misa á treinta de su edad. Gastaba los dias y las noches, ó en orar, ó en escribir, ó enseñar; y tambien tomaba muchas veces parte en los ejercicios de ordenar á las ovejas, ó cultivar el huerto, ó en la cocina del monasterio, conforme lo practicaban los demás monges sin esceptuarse el mismo abad. El mismo nos dice, que desde que le promovieron al sacerdocio hasta la edad de cincuenta y nueve años, en que escribia esto que decimos, habia compuesto varios libros para su uso propio, y el de otros, sacándolos de la doctrina de los Padres, ó añadiendo nuevos comentarios, segun el sentido é interpretacion de ellos. Nos da una lista de cuarenta y cinco obras diferentes que hasta entonces habia compuesto: despues escribió aun muchas otras. Manejaba Beda todas las ciencias de cualquiera especie de literatura: la filosofia natural, los principios filosóficos de Aristóteles, la astronomía, el calendario, la gramática, la historia eclesiástica y las vidas de los Santos; aunque las obras de piedad componen el grueso principal de sus escritos. No fueron objeto particular de sus estudios los ornatos de la retórica; pero respiran todos sus escritos y composiciones cierta perspicacia, honestidad y sencillez que encantan. Sobre todo el candor honesto y el amor á la verdad son caracteres tan visibles en su historia eclesiástica y demás obras históricas, que aun los criticos mas severos no se han atrevido jamás á poner en duda su sinceridad. En los comentarios originales que escribió, parece en opinion de muy buenos jueces nada inferior en solidez y juicio á los maestros mas hábiles de entre los mismos Padres.

Vivió todo el tiempo de su vida en su monasterio; y aunque S. Gregorio papa, segundo de este nombre, movido de la fama y opinion de la santidad y ciencia de Beda, le convidó y mandó que fuese á Roma, para servirse de él en el gobierno de la

Sede apostólica; como él era humilde y amador de su estudio y quietud, se escusó modestamente, y suplicó á su Santidad, que no se lo mandase. Vivió (segun algunos) sesenta años; y otros le dan sesenta y uno, y otros mas; y Tritemio sesenta y dos. El cardenal Baronio dice que vivió ciento y cinco años, por las razones que trae sacadas de los mismos escritos de Beda. Todo este tan largo tiempo gastó Beda en servir al Señor con su vida, y con su doctrina, y con muchos libros y muy provechosos que escribió; y habiendo corrido su carrera tan felizmente, le dió una enfermedad algunos dias antes de la Pascua de Resurrección, de apretura del pecho, y dificultad de respiracion, la cual le duró hasta la Ascension; aunque como él era tan fervoroso y amigo del trabajo, no dejaba de ir al coro, y de enseñar, leer y dictar á sus discipulos, á los cuales muchas veces decia aquellas palabras de S. Pablo: *Horrible cosa es caer en manos de Dios vivo*; para despertarlos más al temor del Señor; y otras veces les decia: *Daos prisa en aprender, porque no sé cuanto tiempo tengo de estar con vosotros*. Y cuando estaba mas fatigado de su enfermedad, repetía muchas veces: *Dios azota á los que tiene por hijos*; y aquel dicho de S. Ambrosio: *No he vivido de tal manera, que tenga vergüenza de vivir entre vosotros: ni tampoco temo la muerte; porque tenemos buen Señor*. Tambien dicen, que profetizó con divino espíritu la calamidad estremada, y asolamiento lastimoso, que en breve habia de venir sobre la cristiandad, si no se apagaba el fuego que se comenzaba á encender; y que por sus cartas avisó á algunos principes, sus conocidos, de este peligro; y poco despues vino aquella terrible tempestad de los sarracenos, que arruinaron y destruyeron á Europa; y dicen, que esta su profecía la declaró con un verso en latin, que dice: *Regnarunt Romæ ferro flammaque, fameque*: los reyes de Roma caerán con hierro, fuego y hambre. Finalmente, conociendo que se le iba acabando la vida, y deseoso de ver á Jesucristo su Señor en su hermosura, y gozar de aquella que es verdadera vida, cantando el *Gloria Patri*, dió su espíritu al Señor, dia de la Ascension; y el Martirologio romano hace mencion de Beda á los 27 de mayo. Pero adviértase que algunos autores han hallado misterios en el titulo que comunmente se da á Beda, llamándole *Venerable*, y no *Santo*, y han fingido, ó creído facilmente algunos sueños y fábulas que no tienen fundamento. La verdad es que en vida le llamaron *Venerable* por su grande escelencia, porque no le podian llamar *Santo*, hasta que muriese; y despues de muerto continuaron el mismo apellido de *Venerable*, como en su vida se ha-

bia comenzado; pero esto no quita que no le llamen *Santo*; porque *Santo* le llaman Alcuino, Mariano Escoto, Albino Flaco, Amalario, Usuardo, y otros graves autores, como lo notó el cardenal Baronio. Tambien se engañan los que dicen que fué ciego; porque de sus escritos y de los otros autores, que escriben de su vida, no se prueba esto, sino antes lo contrario. Escribió su vida Cumberto, monge de su tiempo, como lo dice Molano, aunque esta vida no se halla. En el principio de sus obras está una breve, y de ella, y de Tritemio, y de una relacion de su muerte que está en el séptimo tomo de Surio, y de las Anotaciones del cardenal Baronio, y de su nono tomo, se sacó lo que aqui referido.

Beda escribió su *Historia Ecclesiástica de Inglaterra* en el año de 731, á los cincuenta y nueve de su edad, y á solicitudes de Ceolwulfo (á quien está dedicada) rey piadoso de Northumberland, que tres años despues renunció la corona en su hijo Edberto, y se hizo monge de Lisdinfarne.

La misa es en honor de S. Juan, papa y mártir, y la oracion la que sigue:

O Dios, que cada año nos alegras con la festividad de tu bienaventurado mártir y pontífice S. Juan, concédenos benigno, que merezcamos la protección de aquel cuya memoria solemnizamos. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epistola es del cap. 1 de la segunda del apóstol S. Pablo á los Corintios.

Hermanos: Bendito sea el Dios y el Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre de misericordias, y el Dios de todo consuelo, el cual nos consuela en toda nuestra tribulacion, para que podamos tambien nosotros consolar á los que están en cualquiera afliccion, por el mismo consuelo con que somos nosotros consolados por Dios. Porque así como abundan en nosotros las tribulaciones de Cristo, así tambien por Cristo es abundante nuestro consuelo. Pero ya seamos atribulados, es para vuestro consuelo y salud; ya seamos consolados, es para vuestro consuelo; ó ya seamos exhortados, es para vuestra instruccion y salud, la cual obra en la tolerancia de las mismas aflicciones que padecemos tambien nosotros: para que sea firme la confianza que tenemos de vosotros: sabiendo que así como habeis sido participantes de las aflicciones, lo sereis tambien de la consolacion en Cristo Jesus nuestro Señor.

REFLEXIONES.

Sicut socii passionum estis, sic eritis et consolationis in Christo Jesu Domino nostro. Como teneis parte en los trabajos, así la tendreis en el consuelo en nuestro Señor Jesucristo. No hay cosa mas comun en el mundo que las adversidades; nacen debajo de los pies, y nacen en todas partes; son fruto de todas las estaciones, de todas las clases, de todas las edades. Es el mundo valle de lágrimas; por mas que se cultive esta ingrata tierra, siempre produce espinas; llenos están de ellas todos los caminos; los pies no pisan otra cosa; al mismo tiempo que ellos las pisan, ellas los punzan. Los grandes del mundo y los dichosos del siglo, que parece marchan por caminos mas suaves, si no las sienten en los pies, los experimentan en el corazon; allá dentro brotan, y allá dentro los penetran. Los disgustos, las inquietudes, los cuidados, los trabajos, las adversidades, herencia son de todos los mortales; por lo menos ninguno hay que no cuente entre ellas una buena porcion de su legitima. Si esta es desigual en muchos, es cierto que en todos hay una gran proporcion entre las cruces y los bienes. ¿Pero de donde nacerá que siendo los trabajos aquel *pan de lágrimas* de que habla el Profeta, y de que todos se alimentan, se ponga tan poco cuidado en que nos entre en provecho? Nace de que padecemos como esclavos, no como hijos; arrástranse las cruces, no se llevan, y la desesperacion aumenta el dolor. Cada cual es ingenioso para atormentarse mas; el peso que falta á las adversidades le suple la imaginacion. Desde que pecó nuestro primer padre, nació el hombre para padecer. Gran lástima es que no hagamos meritorios nuestros inescusables trabajos. No hay que empeñarnos en huir de ellos; aun en las condiciones, por decirlo así, mas privilegiadas, se hallan los mas amargos. En rigor solamente al pié de la cruz de Jesucristo nos libramos de las nuestras: El gran secreto para endulzar nuestros disgustos, y aun para cegar el manantial de ellos, es mirarlos con ojos cristianos. No los consideremos como castigo, sino como medio para nuestra salvacion. Cuando nuestros trabajos cuelan, digámoslo así, por los de nuestro dulcísimo Salvador, esta mezcla los despoja de toda la amargura. Es la cruz de Jesucristo aquel madero misterioso que mostró Dios á Moisés, el cual siendo en sí mismo muy amargo, endulzaba las aguas que lo eran. La parte que se toma en los trabajos de Jesucristo, llevando los nuestros con paciencia, es prenda de la eterna felicidad. Padezcamos en esta vida con tanta resignacion, con tanto rendi-

miento, con tanta paciencia cristiana, que podamos decir con verdad: *Así como tenemos parte en los trabajos, la tendremos en el consuelo en nuestro Señor Jesucristo.*

El Evangelio es del cap. 16 de S. Mateo.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese á sí mismo, y lleve su cruz, y sígame. Porque el que quisiere salvar su vida, la perderá; pero el que perdiere su vida por mí, la hallará. Porque ¿qué aprovecha al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma? ¿O qué dará el hombre en cambio por su alma? Porque el Hijo del hombre ha de venir en la gloria de su Padre con sus ángeles, y entonces dará á cada uno segun sus obras.

MEDITACION.

De cuanta consecuencia es la salvacion eterna.

PUNTO PRIMERO.—Considera, ¿de qué sirve al hombre ganar todo el mundo si al cabo se pierde? ¿de qué sirve á esos monarcas tan poderosos, á esos héroes tan alabados, á todos esos grandes hombres que metieron tanto ruido en el mundo, de qué les sirve haber conquistado reinos enteros, haber sido el terror de las provincias comarcanas, haber llevado el susto y el temblor hasta la estremidad de la tierra? ¿de qué les sirve al presente, ni de qué les servirá en lo por venir haber visto que todo cedia, todo se rendia á la insinuacion de su voluntad ó de su capricho; haber rebotado en bienes, en gustos, en deleites, en esplendor, en dignidades; haber sido como los dioses de la tierra; de qué les sirve, ni de qué les servirá si al cabo se condenan? ¿y de qué me servirá á mí el ser lo que soy, si al fin tengo la desgracia de perderme, de precipitarme en los tormentos eternos, de condenarme para siempre?

Estas opulentas herencias que ya habrán pasado á otras manos, estos magníficos palacios que ya habitarán otros dueños, este majestuoso aparato, este tren de muebles preciosos, de vestidos ricos, de libreas, de carrozas, de joyas y de alhajas, ¿me consolarán mucho en el infierno, si tengo la desgracia de condenarme? ¿servirá de gran consuelo á un condenado la memoria de los pasados deleites? ¿calmarán á lo menos por algunos instantes aquellos espantosos tormentos que padece? La desesperada memoria de lo que fué, y de lo que pudo ser, ¿mitigará el